

PUNTOS DE VISTA

40º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN, al igual que todo ser humano, ha tenido la trayectoria de la gradual escala evolutiva que va desde la infancia a la madurez plena. Si nos remontamos en el tiempo —no tan distante en relación con la vida del país en su etapa republicana—, tenemos que detenernos sorprendidos por la forma cómo inició sus primeros pasos este Instituto, en cuyos cuarenta años de vida, exhibe tal robustez progresiva que se sitúa en lugar eminente entre sus congéneres del país, incluso de Hispanoamérica.

A pesar de que somos contemporáneos de sus inicios y de que es historia reciente la suya, hay tales hechos y fue tal el entusiasmo y los esfuerzos de sus inspiradores y organizadores, que se creyera que estaban ellos asistidos de un poder extraordinario para sobreponerse a la indiferencia ambiente y a las dificultades y problemas, de orden especialmente material, que debieron encarar y resolver.

Ha sido Concepción ciudad apacible en su historial ciudadano, de abolen-gos y tradiciones, que ya en la Colonia y en la lucha por la Independencia dio figuras próceres. Durante la centuria pasada y los primeros años de este siglo, se sumó a su prosapia guerrera la intelectual. Escritores, profesionales, políticos, artistas nacieron y prosperaron en ella, proyectando sus actividades creadoras a todos los ámbitos culturales de la nación.

El Liceo de Concepción, con su anexo el Curso de Leyes, fue sin duda el centro de estudios donde se formaron esos espíritus afanosos de conocimientos y de forjarse una personalidad. Larga es la nómina de los que han pasado por el viejo Liceo de Hombres y por el antiguo Curso de Leyes que prolongaron en la sociedad las calidades morales e intelectuales de la enseñanza que allí recibieron.

Sin contar con las iniciativas que durante la Colonia hubo por establecer

en Concepción un instituto universitario, el Liceo y sobre todo el Curso de Leyes prepararon el terreno para que tales propósitos fueran una realidad. Estaba, además, el ánimo de hacerlo en autoridades, profesionales y cuantos deseaban dar a esta ciudad la jerarquía intelectual que lleva consigo toda universidad. Faltaban la voluntad unitaria y la audacia del primer impulso. Ello se produjo el 23 de marzo de 1917. Ese día memorable se reunieron en la sala de la Alcaldía respetables vecinos de la localidad, y previo un detenido cambio de ideas acerca de la necesidad de establecer un centro universitario que sirviera a toda la región sur de Chile, se designó un Comité Ejecutivo de los trabajos pro-Universidad y Hospital Clínico de Concepción.

Por su parte, el Comité acordó nombrar de su seno una mesa directiva que encabezara y representara el movimiento tendiente a tal finalidad, y que fue constituido por las siguientes personas: Presidentes honorarios: Intendente de la Provincia, don Rodolfo C. Briceño y Primer Alcalde, don Octavio Bravo; Presidente: don Enrique Molina; Vicepresidentes: don Virginio Gómez y don Esteban S. Iturra; Secretario: don Carlos Soto Ayala; Tesorero: don Eliseos Salas; Directores, señores: Samuel Guzmán García, Julio Parada Benavente, Aurelio Lamas Benavente, Pedro Villa Novoa, Luis David Cruz Ocampo, Víctor Bunster M., Vicente Acuña, Edmundo Larenas, Augusto Rivera Parga y Guillermo Gleisner.

A los nombres citados hay que agregar el de muchos otros, que de una manera u otra contribuyeron también a remover el terreno, cavar el surco y echar las piedras de los cimientos sobre los cuales se levantaría la Universidad de Concepción, que al poco tiempo configuraba su perfil material y espiritual.

¡Gratitud y reconocimiento para aquellos que, empujándose sobre el presente, columbraron perspectivas promisorias para el futuro de Concepción, que era también del país!

Dos nombres se destacan en esa pléyade de impulsores y organizadores, el de don Enrique Molina y el de don Virginio Gómez, quienes desde el primer momento pusieron voluntad, inteligencia y fe en la empresa proyectada. Don Enrique Molina se identificó con la Universidad de Concepción en su rectoría de treinta y siete años y en su magisterio de exaltación de los valores superiores del espíritu. En la paz de su atardecer sin crepúsculo, ha de contemplar, con gozosa satisfacción, que la obra de la cual él fue su mayor artífice sigue allegando elementos para hacerla cada vez más perfecta y reflejar en toda su amplitud la concepción de sus fundadores.

¿Y qué decir de lo que lleva realizado la Universidad de Concepción

en sus cuarenta años de existencia? Sin vana ostentación puede exhibir el barrio universitario con sus escuelas profesionales e institutos de investigación, la biblioteca central, las escuelas de temporada, las revistas y publicaciones de altos estudios, el teatro universitario, la casa del deporte, la extensión cultural y muchas otras actividades propias de una auténtica Universidad, que no se enclaustra en su saber, sino que se prolonga hacia el mundo circunstante.

Con la pujanza de un organismo joven, no se detiene en su desarrollo, y hoy se la ve floreciente y vigorosa, camino de estructurar su docencia bajo los auspicios de la UNESCO, como avanzada en América de lo que debe ser una Universidad moderna.

Con dinamismo e inteligencia, su actual Rector, don David Stitchkin Branover, reafirmando el espíritu humanista que le impregnaron sus organizadores, remozca su arquitectura docente, a fin de sintonizar el ritmo del progreso científico y técnico del pensamiento contemporáneo y cumpla de esta suerte la Universidad penquista su misión integral de formar hombres cabales al servicio de la colectividad.

TREINTA Y CINCO AÑOS DE "ATENEA"

EL 1º DE ABRIL DE 1924 apareció el primer número de "Atenea". Son treinta y cinco años ininterrumpidos, que podrían considerarse pocos para un país de larga trayectoria cultural; pero para el nuestro representa este lapso gran vitalidad, dada la escasez en publicaciones de la índole de "Atenea", expresión de creaciones literarias y de disciplinas científicas sin consesión a circunstancias efímeras e interesadas.

Subrayamos esta fecha aniversaria sin ánimo de exhibir ufanamente la permanencia de "Atenea" como ejemplo de lozanía espiritual. Lo hacemos para afirmar que desde sus orígenes ha permanecido fiel a los propósitos señalados por su primer cuerpo directivo y para valorar la significación que en nuestro medio intelectual entraña la jornada de esfuerzo y superación que ha debido emprenderse, a fin de que la revista no sufra bruscas alteraciones en su nivel cultural, que deseamos sea siempre el más alto, ni que tampoco se la desfigure, rebajándola de categoría, para satisfacción de indocitos y multitudes.

"Atenea" ha representado, en sus treinta y cinco años de vida, la ampliación de la voz de las letras chilenas en lo más genuino y valioso de ellas. En sus páginas han colaborado todos aquellos que sienten la necesidad de